

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

La auténtica revolución

Las revoluciones se han sucedido a lo largo de la historia como cuentas de un rosario sin fin. Cada una tuvo su propio drama de abuso, miseria e injusticia social que las llevó a rebelarse contra quien detentaba el poder, pero todas, excepto una, han cobrado millones de vidas humanas. Recordemos, por ejemplo, la revolución francesa, la rusa o la china.

La revolución francesa llegó como una consecuencia del hambre y miseria que sufría el pueblo mientras los reyes estrambóticos tipo Luis XIV, el rey sol, banqueteara en su palacio de Versalles al tiempo que gobernaba con irresponsable despotismo. Pero como todo tiene un límite, este le alcanzó a Luis XVI en la revolución de 1789, cuando el rey abdica y el poder pasó a manos del pueblo con la insigne toma de la Bastilla, símbolo del absolutismo monárquico. Robespierre, un cruel y radical jacobino comenzó a darle juego a la guillotina que decapitó a cientos de monárquicos y co-revolucionarios. Cuando el verdugo cortaba la cabeza la mostraba a la multitud que gritaba: ¡Viva la revolución! Esta cobró 5 millones de muertos entre los años 1789 y 1815.

La revolución bolchevique de 1917 quiso poner fin al régimen zarista y se instaló un régimen comunista que Lenin se encargó de implantar inspirándose en la ideología de Karl Marx. Éste había predicho que tras la revolución de la clase obrera se produciría una fase de transición socialista, y que a través de la dictadura del proletariado es como llegaríamos finalmente a la sociedad comunista. Promesa salvífica de la doctrina comunista que dejó cien millones de muertos.

La revolución china de Mao Zedong (Mao Tse-tung) máximo dirigente del partido comunista de China segó la vida de 70 millones de personas. Cada revolución ha tenido su particularidad, pero todas han cobrado altas cotas de terror y violencia.

¿Cuál ha sido la única revolución capaz de transformar sin matar? La revolución de la justicia, de la verdad y del amor. El amor es capaz de llevar pan, respeto y progreso sin necesidad de matar a nadie. Esta revolución comienza en el seno familiar y se extiende al mundo entero. ¿Acaso Juan Pablo II no transformó significativamente el mundo con las armas de la caridad, del perdón y con su entrega generosa a los hombres de todos los pueblos, razas y credos?

Jesús en el evangelio del domingo nos invita a emprender la revolución del amor: “Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia; dichosos los pacíficos, porque poseerán la tierra; dichosos los que trabajan por la paz, porque se les llamará hijos de Dios” (Mt, 5,1). twitter.com/jmotaolaurruchi